

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? no: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la visión maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la misión tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos..... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Mayo de 1843.)

SITUACIÓN DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Dijimos en el número anterior, que era conveniente separar en cuanto posible fuese, las cuestiones eclesiásticas de las políticas; y que era muy arriesgado el asentar por inmutable base, la necesidad de aplazar la resolución de las primeras, hasta que las segundas estuviesen decididas en todas sus partes. Las razones que á esto nos inclinan están ya expuestas; y resumiéndolas en dos palabras pueden reducirse á que no existe una necesaria dependencia entre estas dos cuestiones; que las políticas podrían prolongarse indefinidamente, y llevan visos de no tocar todavía á su fin; que la misma resolución de las políticas no fuera una segura garantía de la satisfactoria resolución de las eclesiásticas; que en esto podríamos tener adversarios en lo interior, y recibir dañosas influencias de lo exterior.

Ha llegado el abatimiento del culto y clero á un punto tan alarmante, es tal la complicación que se ha formado

en los negocios eclesiásticos, son tantos y tan varios y tan difíciles los asuntos que se han de arreglar, que ya se ha hecho imposible salir de situación tan apurada, sin mediar la autoridad pontificia, sin preceder un amistoso acuerdo con la Santa Sede. Mírese la cosa bajo el aspecto que se quiera, dése rienda suelta á la imaginación, entregándose á las suposiciones más caprichosas, prescindase, si place, de los intereses de la religión misma, atendiendo tan sólo á las miras de conveniencia pública; no hay tranquilidad posible para las conciencias, ni seguras garantías de una paz sólida y duradera, sin el restablecimiento de las relaciones con la corte de Roma. Esto no es simplemente la expresión de los deseos de un espíritu católico; es, además, un pensamiento social y político, cuya realización reclaman de consuno las necesidades más apremiadoras y urgentes que afligen nuestra desgraciada patria; pensamiento que ha servido de guía á las naciones católicas cuando han tratado de repararse de dilatadas catástrofes; pensamiento que concebido y ejecutado por Napoleón á pesar de los murmullos de los volterianos y de otros enemigos de la Santa Sede, sirvióle admirablemente para restablecer y asegurar el orden en Francia, para calmar la irritación de los ánimos é inclinarlos á la concordia, levantando de esta manera el robusto pedestal desde el que sojuzgó la revolución é impuso respeto á todas las potencias de Europa. Tan pronto como se desvió de esta línea de conducta, empezó su decadencia. Si esto se verificó en Francia, ¿qué no sucedería en España, donde la religión católica se conserva todavía con tanta fuerza, donde la inmensa mayoría no ha participado aun de las ideas impías?

Es por consiguiente de la mayor importancia que todos los hombres amantes de su patria aúnen sus esfuerzos para que se calme la irritación que en este punto se había introducido; haciendo de manera que los gobiernos, sean cuales fueren sus ideas en política, vayan participando del mismo espíritu que se observa en la sociedad; el cual con-

siste en que la inmensa mayoría de la nación desea vivamente la reconciliación con la Silla de Roma, y el resto, aunque poco ocupado de los intereses religiosos, lo desea también, para asegurar la tranquilidad de las conciencias, afianzar el orden público, y acabar de una vez con esa serie de altercados, que sólo sirven á nutrir la discordia, y á perpetuar el predominio de pasiones y rencores que debieran haberse olvidado para siempre.

A los que juzguen que lo que estamos escribiendo son meras utopias, que sólo tienen posible su realización en los deseos del escritor y en su anhelo para que la religión salga de la penosa situación en que se encuentra, les recordaremos el ejemplo de América, donde las cuestiones políticas se han separado de las eclesiásticas, donde á pesar de la anarquía de las guerras civiles y hasta de las pretensiones de los monarcas de Europa, se halla afianzada la unidad católica, y en buen pie las relaciones de los gobiernos con la cátedra de San Pedro. ¿Qué sería de la religión en América, si los asuntos eclesiásticos se hubiesen vinculado con las cuestiones interiores y exteriores, de manera que no se hubiesen restablecido las relaciones con la Sede Apostólica hasta haberse decidido cuál había de ser la forma de gobierno que en definitiva debía prevalecer, cuál el partido que debía dominar, cuál el resultado de las negociaciones con los gobiernos de Europa al efecto de alcanzar el reconocimiento de la independencia? Estas cuestiones no se han resuelto todavía completamente; y si á este paso hubiera debido caminar la cuestión eclesiástica, no estarían ahora las repúblicas de América enviando á Roma sus embajadores para alcanzar del Padre Santo colonias de misioneros, con la mira de fecundar de nuevo aquella tierra que tiene sed de verdad, y que no se la puede proporcionar cual desea, por falta de operarios que el suministren la divina palabra.

No desconocemos que la situación social y política de España, por lo tocante á lo interior y exterior, es muy diferente de la de las repúblicas de América; pero no por

esto deja de ser verdad, que es tal la complicación de nuestros negocios, que bien posible sería que al fin se haga necesario prescindir aquí, como se hizo allí, de las cuestiones políticas en el arreglo de las eclesiásticas.

Preciso es no perder de vista que la religión católica tiene en España bastante vigor para sostenerse por sí misma, sin que haya menester como auxiliares indispensables, las ideas y los intereses políticos de ningún partido. La Providencia se ha dignado manifestarlo de una manera admirable; Dios se ha complacido en hacernos palpar, que para conservar su obra no necesitaba de nuestro débil concurso, que le bastaba su omnipotencia. Véase lo que nos enseñan los acontecimientos que hemos presenciado, y dígame si no ofrecen un cúmulo de graves reflexiones á un espíritu que contemple las cosas bajo un punto de vista religioso. ¿Dónde están los auxilios materiales con que haya podido contar la Iglesia de España de muchos años á esta parte? ¿dónde el escudo humano que la haya cubierto contra los formidables golpes que ha tenido que sufrir? ¿dónde el valimiento de los partidos que le prometieron apoyo? Perdidos sus bienes, destruida su influencia política, contrariado su ascendiente sobre el pueblo, blanco de innumerables ataques, se ha encontrado sola, abandonada á todo el rigor de su suerte, sin más esperanza que la misericordia del Dios, cuya fe proclamaba y cuya causa defendía. Y sin embargo, á pesar de tanto desamparo, á pesar de tantos enemigos, no ha perecido; consérvase todavía en medio de la sociedad; y sus mismos adversarios se llenan de asombro al contemplar cual sale radiante y pura de en medio de tan amargas tribulaciones.

Infiérese de lo dicho, que la fuerza de la religión católica en España es muy superior á la de todos los partidos políticos; y que ninguno de ellos puede gloriarse de que sin su apoyo y auxilio esté necesariamente condenada á perecer. Con lo que se manifiesta más claro, que no es tan extraña la idea que hemos emitido, de la separación de las cuestiones eclesiásticas y políticas, y de que las cosas pue-

den llegar á tal extremo, que bajo una ú otra forma se haga preciso resignarse á adoptarla.

Quizás sea más hacendera esta separación, de lo que algunos se figuran; pues que es evidente que se va realizando por sí misma, antes de que en ella hayan pensado los hombres. Al principio de la revolución, las cuestiones eclesiásticas eran el caballo de batalla de los partidos; en todo entraba el clero, en todo figuraban sus rentas, en todo se mezclaban las desavenencias con Roma; en la actualidad sucede muy de otra manera; y si bien los mismos objetos se ofrecen á la vista todos los días cuando se abraza el conjunto de la situación, se conoce inmediatamente que no figuran como principales, y que no pocas veces, no tienen más que un valor aparente y facticio, que les dan el interés y las miras de los partidos. Este fenómeno es muy natural: la revolución destructora por esencia se ensañó contra todo lo que presentaba cuerpo y ofrecía algún cebo á las pasiones que ella representaba. En este caso se encontraba el clero; y así es que fué la primera víctima del empuje revolucionario. Pero las circunstancias han variado completamente; las comunidades religiosas han desaparecido, sus bienes se hallan en buena parte en manos de nuevos poseedores, y sus individuos andan dispersos, ó peregrinando en país extranjero, ó viviendo en su patria en la obscuridad y en la miseria. El clero secular ha sufrido también dolorosos quebrantos, no tan sólo con la supresión del diezmo y con la incorporación de sus propiedades al erario, sino también por el abatimiento á que le llevara el ascendiente de las nuevas ideas, el cambio del sistema político, la falta de sus pastores, el decremento del número de sus individuos, la falta de medios para procurarse la instrucción correspondiente, la imposibilidad de repararse con nuevos ordenados, y los cien y cien contratiempos y humillaciones que ha tenido que sufrir durante los calamitosos y turbulentos años que hemos atravesado. Ha resultado de aquí, que la revolución no ha visto ya en el clero, ni un enemigo que abatir, ni un opu-

lento que despojar; y por lo mismo enderezando sus miras á otros puntos, á ellos ha dirigido sus golpes cuando le ha sido posible, y sus dicitos y amenazas cuando para más no se ha sentido con fuerza.

Es digno de notarse el curso que en este particular han seguido las ideas y los acontecimientos. Luego de la muerte del Rey, al comenzar la guerra civil, cuando se temía que la generalidad del clero no se abalanzase á la causa de D. Carlos, y estaba muy reciente el antiguo orden de cosas, mostraron cierta antipatía contra el clero todos los matices más ó menos subidos del partido liberal; creemos que nadie lo habrá olvidado; pero si alguien llevase á mal nuestro aserto, le remitiremos á los periódicos de la época y á los hechos del gobierno y de sus subalternos. Arreciando la revolución, enardeciéndose la guerra, y presentándose la situación de una manera muy distinta de lo que se había esperado, comenzó á cejar una parte considerable del partido liberal, y á manifestar simpatías que antes no se le habían conocido. Anduvieron en aumento estas simpatías, á medida que la división entre los liberales se hacía más fecunda; siguiendo en progresión ascendente con notable rapidez, según en sentido opuesto se desenvolvía con más fuerza el elemento revolucionario. No sabemos si se ha parado bastante la atención en este movimiento, que más ó menos se verifica y debe verificarse en todos los países colocados en situaciones semejantes; pero á quien no recordare cuáles han sido las sucesivas transformaciones que en esta parte se han presenciado le aconsejamos que recorra las sesiones de Cortes del año 35, 38 y 40. Tres épocas en que dominó el mismo partido, y en que por los mismos ó por distintos órganos pudo manifestar sus ideas, sus instintos, sus medios de gobierno. En el año 35 era poca la distancia que separaba los dos partidos; atrevíanse apenas á confesar diferencia en las doctrinas, ni divergencia en el objeto; sólo disputaban sobre los medios, la cuestión era únicamente de oportunidad; en el año 38 se habían alejado ya mucho más; y en el año 40

diffícilmente se hubiera podido señalarles algunos puntos en que estuvieran de acuerdo. De donde ha resultado, que el partido conservador ha ido apartándose de la escuela en que más ó menos se habían formado sus principales individuos; hallándose por fin en tal situación, que lejos de mostrar contra el clero ninguna antipatía, se ha declarado su ardiente defensor, dejando entrever que no se desdenaría de contraer con él una verdadera alianza.

Por lo que toca al partido opuesto, abrazando en él todos los matices más subidos del partido liberal, también son notables las variaciones que ha ofrecido con respecto al clero. En el año 35, colocado á la cabeza del arranque revolucionario, dirigía sus esfuerzos contra la existencia del clero regular, y contra las propiedades y el poderío del secular; como que en esto veía un recuerdo de lo pasado, y un obstáculo á las innovaciones en el porvenir. En el año 37 cuando destruidas ya las comunidades religiosas, y quebrantada la influencia del clero secular, la revolución triunfante no veía delante de sí un adversario temible, contentábase con apoderarse de sus propiedades, sin valerse ya de aquel sañudo lenguaje que poco antes empleara. Ya en las Cortes constituyentes se pronunció por uno de los principales prohombres de este partido, un notable discurso en favor de la unidad religiosa, que indicaba el nuevo curso que iban tomando las ideas. Posteriormente, y dejando aparte la cuestión de las propiedades en que la naturaleza del asunto debía ofrecer un carácter especial, por más esfuerzos que se hayan hecho no se ha podido recabar que la revolución propiamente dicha, escogiese al clero por blanco de sus ataques. Todo cuanto se ha visto en esta parte ha sido facticio, no ha sido popular, no ha participado de aquel calor que en un círculo más ó menos extenso se veía en el año 35; no parece sino que la revolución ha dicho: «los que quieren atizarme contra el clero, tratan de distraerme; yo me complazco en derribar al poderoso, y el clero ya no lo es.»

A este propósito es sumamente digno de observarse lo

que sucedió con el proyecto del señor Alonso. Prescindamos de cuál sería la mira del señor ministro en arrojar en medio de la nación esa tea incendiaria; dejemos aparte, si efectivamente abrigaba la idea de captarse popularidad, halagando las ideas revolucionarias, y mostrandó que el gobierno se proponía marchar á la cabeza del movimiento arrojándose de golpe á los últimos extremos en las materias más delicadas; pero de cierto que si tal fué su intención, halló un amargo desengaño, así en la prensa como en la tribuna. Donde no encontró oposición el malhadado proyecto, fué recibido con frialdad, con indiferencia; y la más suave lección que alcanzó el desacuerdo del ministro, fué el silencio. Esto fenómeno es grave, gravísimo, sumamente significativo, pues que indica la situación de las ideas, y que toda tentativa de cisma no encontraría el apoyo que algunos creen, ni en el mismo elemento revolucionario. Desde los acontecimientos del año 40, se han presentado desembozadamente en la arena política los partidarios de una libertad más lata, llegando hasta el punto de proponer la abolición de la monarquía y el establecimiento de la república; pues bien, esos nuevos campeones, á quienes de seguro no se puede aplicar el título de retrógrados, tampoco se han dirigido contra el clero, tampoco han mostrado particular tendencia á envenenar las cuestiones religiosas.

Esto demuestra la exactitud de lo que hemos observado, de que naturalmente, por el mismo peso de las cosas, va separándose la cuestión religiosa de la política; y que los partidos y las personas contendientes se inclinan á mirar aquélla, como ajena á sus altercados y enconos. Y de esto nos alegramos sobremanera, porque así se logrará que ningún partido explote la influencia del clero en provecho de intereses mezquinos, y los ministros de la religión podrán quedar en una posición alta é independiente de que nunca deben descender. El clero en España no ha de perder nunca de vista esta verdad; y sus deberes y hasta su interés exigen, que sordo á los halagos como á las

amenazas no se prostituya jamás á las exigencias de ningún partido, que no se presente como instrumento de ambiciones de ninguna clase. Porque conviene no olvidar, que la influencia del clero, aun caído como está, es mucha, muy poderosa; y los partidos, que no carecen de sagacidad y previsión, no ponen en olvido este elemento con la idea de aprovecharle cuando les sea útil ó necesario.

Importa tanto más que el clero siga esta conducta, cuando disueltos en la guerra y revolución todos los partidos, han venido á parar en buena parte en facciones y pandillas, sin que se descubra ninguna que pueda gloriarse de poseer un pensamiento verdaderamente nacional y que cuente con los medios para realizarle. Pero con la disolución de los partidos no ha muerto la nación; conserva todavía en su seno un fondo de vitalidad y energía; y observando atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos, se nota que se va rejuveneciendo aún en medio de los desastres y de ese marasmo en que actualmente se halla, presentando no escasas esperanzas de que volverá á recobrar un día el puesto que le corresponde en el congreso de las naciones.

Las grandes ideas, que para su triunfo no han menester sórdidos manejos, ni mezquinos apoyos, deben reservarse puras, intactas, sin descender al inmundo fango de las pasiones, seguras de que la Providencia les tiene señalado en el porvenir la hora en que hayan de brillar de nuevo con todo su esplendor y hermosura. Y entre tanto no quedan estériles, obran todavía en el corazón de la generalidad de los españoles, y su influencia es tanto más eficaz, cuanto se ve con toda claridad que sacan de sí mismas toda la fuerza, que no la mendigan á los gobiernos, que no la obtienen de los recursos materiales, pues que se ven obligadas á ejercer su acción en medio de la pobreza y del abandono de la clase que las representa.

Tan profundamente convencidos estamos de estas verdades, y de que las ideas religiosas no deberán su triunfo á combinaciones políticas, que antes bien esperamos, que

si la lenta reacción que decididamente se ha manifestado en su favor, fuese secundada por una medida que tranquilizando las conciencias, hiciese desaparecer de una vez todos los temores del cisma, proveyese á las iglesias de pastores, fijase definitivamente la suerte del clero, y restableciese en todos los puntos la buena armonía con la corte de Roma, podría esta reacción aprovechar sobremanera para calmar la irritación política, conciliar los ánimos, y preparar un desenlace pacífico al gran drama que estamos presenciando. Porque, no se curan los males de una nación con golpes de Estado, no se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas, no se cambia la situación social de un pueblo con una intriga diplomática ó con un meditado protocolo, no se allanan como por encanto todos los obstáculos, ni se salvan todos los inconvenientes, ni se sueltan todas las dificultades con la mayoría de un monarca, ó con su casamiento; el mal que tiene causas profundas, necesita duraderos y eficaces remedios; lo que trae su origen del estado social de un pueblo no se muda por un simple cambio de personas.

Encarados unos con otros los partidos, librándose reñida batalla en el campo de la discusión, no sin riesgo una que otra vez de llegar á las manos, no suelen expresar con toda franqueza sus principios y sus proyectos, porque están recelosos de que los adversarios no tomen acta de las palabras, sacando de ellas consecuencias que pudiesen perjudicar la causa que respectivamente defienden. Pero si fuera posible oír á los prohombres de todos ellos, formulando cada cual su sistema de gobierno, y manifestando cándidamente la mayor ó menor confianza que del buen éxito alimentan, á buen seguro que no se encontraría ese tono decisivo que parece indicar una inalterable certeza de los principios y una firme seguridad de alcanzar felices resultados. Todos andarían perplejos, vacilantes, todos participarían de esa incertidumbre, de esa ansiedad sobre el porvenir, que todo el mundo siente, aun cuando sean muchos que no acierten á darse razón de sus causas.

No es la política la que ha de salvar la religión, antes bien la religión ha de salvar la política; y bajo este supuesto deben caminar todos los hombres leales y concienzudos que de una ú otra manera pueden influir en los destinos de la nación. Cuando los pueblos han llegado á la triste situación en que se encuentra el nuestro, es necesario obrar sobre ellos por medios más eficaces que los suministrados por la política. Véase cómo es esta la senda que sigue la parte más escogida, la menos preocupada, la menos corrompida, la juventud; véase cómo en su afición al estudio, en su alejamiento del bullicio político, en su templanza precoz, está dando una lección severa á los hombres que en edad más proveyta la están escandalizando con sus doctrinas disolventes, con sus máximas de desgobierno, con sus odios, rencores y venganzas; véase cómo la juventud se está preparando en silencio para una nueva era que más bien presente, que prevé; y cómo apartada de todos los partidos, ó más bien despreciándolos, les deja que se la apropién, reservándose desmentirlos solemnemente el día que se encuentre llamada á hablar y obrar.

Que los hombres sedientos de oro y de mando continúen disputándose el poder cubriéndose con este ó aquel distintivo, que las pasiones políticas prosigan revolviéndose en la arena que les es propia, tan manchada ya con lodo y con sangre; pero al menos que se extienda, que se generalice por la nación la idea de que conviene, de que urge pensar seriamente en separar la cuestión religiosa de la política, de que es altamente dañoso el mirar aquella como un apéndice de ésta, y de que tan lejos está la primera de ser dominada por la segunda, que antes bien ella prepondera sobre todas las demás, y su resolución podría quizás conducir á un desenlace suave y venturoso.

Lo repetimos, alimentamos pocas esperanzas de que por ahora nuestras palabras produzcan ningún fruto; y tal es la situación de las cosas que estamos bien seguros de que es poco menos que imposible que los negocios sigan un

curso diferente. Pero en el arrebatado torbellino que lleva revueltos los acontecimientos, son tantas las situaciones que pueden presentarse, que quizás en alguna de ellas podría aprovecharse alguna de nuestras indicaciones. Por lo mismo que ofrecen algo de singular, tememos que con el tiempo no sea menester apelar á algún medio más ó menos análogo á los aquí apuntados; pues que tan anómala consideramos la situación, tan negro el porvenir, que dudamos mucho que se desenvuelva sin sucesos extraordinarios; y nos quedaríamos agradablemente sorprendidos, si como esperan cándidamente algunos, todos nuestros males se hubiesen de remediar con el simple advenimiento de una época no muy lejana. No podemos participar de opinión semejante, pero envidiamos la dicha de los que se deleitaran con ese hermoso sueño.

No concluiremos este discurso sin insistir en lo que de suyo está indicando su título; á saber, que para remediar los males de la Iglesia de España no hay otro remedio, que el restablecimiento de las buenas relaciones con la Santa Sede, que un *Concordato*. Tal es la complicación de los negocios, tales son las novedades ocurridas, que un concordato es absolutamente necesario: si alguien ha podido imaginarse que hay otro camino para salir del mal estado en que nos encontramos, se engaña lastimosamente; y todo proyecto basado sobre persuasión tan funesta conduciría la nación á un abismo. No ignoramos del todo lo mucho que se ha disputado sobre las modificaciones sufridas por la disciplina eclesiástica en el negocio de la confirmación de los obispos, no nos son enteramente desconocidas las cuestiones que sobre este particular se han ventilado entre los canonistas; pero sea de esto lo que fuere, no concederemos jamás, que pueda sobrevenir una extrema necesidad que legitime el proceder á dicha confirmación sin la autoridad pontificia. Esto lo consideramos ilegal, injusto, subversivo de la disciplina general de la Iglesia, atentatorio á los derechos de la supremacía de la Sede Apostólica, y un medio seguro para dar principio al

cisma y hacer de la Iglesia española una Iglesia semejante á la anglicana. Y en efecto, cuando todas las naciones católicas del mundo reconocen en el Soberano Pontífice este derecho de confirmación, cuando se ejerce aun en los países donde mandan gobiernos de otras sectas, cuando sean cuales fueren las discusiones que sobre gravísimos puntos han mediado entre los soberanos y los Papas, al fin siempre se ha venido á parar en reconocer este derecho, dejándole libre y expedito; ¿qué papel representaría una iglesia particular, que contra la disciplina de la Iglesia universal se propasase á darse obispos, haciéndolos confirmar por el metropolitano ó por otro, so pretexto de extrema necesidad? Desde entonces, ¿qué vínculo le quedaría que la enlazase con la Santa Sede? ¿dónde estaría la unidad? Una medida semejante, lejos de tranquilizar las conciencias, lejos de curar los males de la Iglesia, perturbaría más y más las primeras, y agravaría é irritaría los segundos, arrojándonos de golpe á una sima de la que no saldríamos sin un milagro de la Providencia. Estaríamos abiertamente en el cisma; sí, en el cisma; y no bastarían á variar la naturaleza del hecho, ni en sí ni á los ojos de la generalidad de los españoles, todos los recuerdos de antigua disciplina, todo el aparato doctrinal que tan fácil es ostentar en este linaje de materias.

Al tratarse del arreglo de los negocios eclesiásticos, y de las desavenencias con la corte de Roma, han hablado algunos de *necesidades extremas*, de *restablecimientos de la antigua disciplina*, de *confirmación de los obispos por el metropolitano*, recordando hechos intempestivos, y permitiéndose indicaciones altamente dañosas. Lo hemos dicho y lo repetimos, no se trata de investigar cuáles son las modificaciones que sobre puntos semejantes haya podido sufrir la disciplina de la Iglesia, sino de saber cuál es la actual de la que no es lícito desviarse: no se trata de disputar sino de negociar; no se trata de traer á colación particulares rencores ó resentimientos en los que nada tiene que ver el público, sino de buscar los medios á propósito para

tranquilizar las conciencias y asegurar sobre bases sólidas la paz de la nación. Que no lo olviden los hombres que en adelante hayan de mediar en este gravísimo negocio; mientras no se eleven sobre esa esfera, que lo menos malo que tiene es ser mezquina, nada se conseguirá, no será posible dar un paso en el camino de la reconciliación deseada.

Aun prescindiendo de los principios de dogma y de disciplina, aun dejando aparte el cisma, el evidente cisma en que se precipitaría la Iglesia española si consintiese la alteración de la disciplina universal sobre el negocio de la confirmación de los obispos; aun olvidando por un momento la aflicción que acongoja á todo espíritu católico á la sola idea de que pudiera intentarse un paso tan criminal; parécenos imposible que semejante medida ocurra como realizable á nadie que conozca medianamente la situación de España. En efecto, suponed que se acomete la desatentada empresa, que se procede á la confirmación de los obispos por medio de los metropolitanos. En primer lugar, ¿cuáles serán los metropolitanos que á tanto lleven su atrevimiento, que hasta tal punto prostituyan su conciencia, que de tal suerte arrosten la fea responsabilidad en que incurren á los ojos de Dios, de la Iglesia y de la nación? ¿conocéis muchos metropolitanos, ni lo que se llama *obispos antiquiores*, que á esto se prestasen? Dificil es penetrar en el corazón de los hombres; sólo Dios sabe lo que alcanzarían á recabar las promesas ó las amenazas; pero nosotros tenemos la firme convicción de que fueran muy contados; y abrigamos la esperanza de que no se hallaría ni uno solo. Sí, ni uno solo; porque sean cuales fueren las doctrinas particulares que profese esta ó aquella persona, cuando se llegaría al caso de aplicarlas, cuando se alzaría la voz del Vicario de Jesucristo condenando el atentado y á los que de él se hiciesen cómplices, cuando de todos los ángulos de la nación eminentemente católica se levantaría un grito de reprobación y de horror, cuando la totalidad del clero, fiel á sus deberes, se resignaría al destierro an-

tes que hacer traición á su conciencia, entonces, no lo dudamos, también se sentiría detenida la mano preparada para consumar el sacrilegio, también el hombre extraviado cejaría del camino de perdición, y se reuniría de nuevo al redil de la Iglesia, si es que por algunos momentos en su corazón se hubiese apartado de ella.

Pero, demos por supuesto que no se verificase de esta suerte, y que además hubiese algunos hombres bastante obcecados para recibir la confirmación de una mano cismática; ¿qué sucedería? Cuando se presentarían á las diócesis para regir una grey que no les fuera encomendada por el Espíritu Santo, ¿cómo los mirarian los pueblos? ¿cómo se acatarían sus disposiciones? Ni los sacerdotes ni los fieles consentirían en rendir obediencia á un intruso, que sin más mérito que su ambición, ni más títulos que los librados por potestades incompetentes, se sentaría en la cátedra episcopal, siendo de continuo una manzana de discordia y una piedra de escándalo. Y acaeciendo lo mismo no tan solamente en esta ó aquella diócesis, sino en casi todas las de España, pues son ya muy pocas las que no cuentan ó difunto ó ausente su legítimo pastor, ¿quién no concibe el desorden, la confusión, el caos que se introduciría por todas partes? ¡Cuánta turbación de conciencias! ¡cuántos y cuán violentos esfuerzos para sostener la desatentada medida! ¡cuántas delaciones, cuántos procesos, cuántas persecuciones, cuántos desastres! Vano fuera hablar de *necesidades extremas*, vano recordar la antigua disciplina, vanos todos los preámbulos de los decretos en que se prescribiese la sumisión á los intrusos, vanas todas las pláticas y pastorales y discursos de éstos para convencer de su legitimidad; mil y mil plumas demostrarían la infracción de los sagrados cánones, la subversión de la disciplina, el quebrantamiento de la unidad; mil y mil lenguas se emplearían pública ú ocultamente en combatir el funesto error; y el pueblo español, católico por ideas, por costumbres, por hábitos; este pueblo dotado por la Providencia de un admirable tino para discernir al lobo

aun cuando se cubra con la piel de oveja; el pueblo, repetimos, dirigiéndose á los falsos pastores les diría: «nosotros no sabemos de estas cosas tanto como vosotros; pero lo que no podemos ignorar es, que no os hemos visto entrar por la puerta; y quien por ella no entra, es un ladrón, según la enseñanza del Divino Maestro.»

He aquí los resultados que sin duda alguna acarrearía el arrojarse á resolver las cuestiones eclesiásticas sin la intervención de la Santa Sede: he aquí una perturbación universal, profunda, duradera, á la que no sería dable ponerle término sino volviendo las cosas á su estado primitivo. Porque en vanó esperan algunos que se pudiese consolidar entre nosotros el establecimiento cismático, formándose una iglesia separada á manera de la de Inglaterra; los tiempos han cambiado, el violentar las conciencias se ha hecho más difícil, las circunstancias en que se encuentra la España en nada se parecen á las del reinado de Enrique VIII. Además, para mudanzas de esta naturaleza es preciso contar con la prevaricación de una parte considerable del clero; sólo de esta manera se consigue arrastrar numerosos partidarios del pueblo incauto, que extraviado traidoramente por sus guías, abraza la destrucción bajo el nombre de la reforma, y se entrega á la licencia apellidando libertad. Gracias á la infinita bondad del Todopoderoso, esto no se verificaría en España; y cuando lo decimos, no hablamos con ánimo de lisonjear al clero, ni con la mira de alentarle para las crisis que puedan sobrevenir; consignamos un hecho generalmente reconocido, y que la desgracia de los tiempos ha evidenciado hasta el más alto punto, cubriendo de gloria á la Iglesia de San Leandro y de San Isidoro, consolando el corazón de todos los fieles del orbe católico, é infundiendo las más legítimas esperanzas de que todos los sufrimientos que ha padecido esta escogida porción de la sagrada grey, servirán para sacarla triunfante de todos sus enemigos, y prepararla más y más para cumplir la divina misión que le está encomendada.

Convénzanse de estas verdades todos los hombres públicos que fueren en adelante llamados al gobierno de la nación, sean cuales fueren sus opiniones políticas, y hasta sus ideas religiosas, penetrándose de que este complicadísimo problema que aqueja y abruma á la nación española no tiene otra solución posible que un concordato. Y ya que desde luego se echa de ver el punto á que es necesario enderezarse, conviene caminar hacia él con sinceridad y buena fe, cuando se trate seriamente de poner término á los males de nuestro infortunado país.

Por de pronto, fuera de la mayor importancia, que todos los órganos de la opinión pública, sean cuales fueren sus diferencias políticas, se pusiesen francamente de acuerdo sobre este punto, asentando el concordato como una de las bases primordiales de los programas que vayan formulando. Han llegado ya las cosas á tal extremo, son tantos los desengaños y escarmientos que se han recogido, es tanto el cansancio que produce en los espíritus una situación tan penosa, es tan profunda la convicción que se han formado todos los hombres pensadores de que los asuntos eclesiásticos no pueden continuar en esta lamentable interinidad, sin resultar daños de gravísima trascendencia, es tan decidida la reacción que del modo más natural y espontáneo se está verificando en los ánimos hacia las ideas religiosas, que sería muy agradable á la inmensa mayoría, mejor diremos á la totalidad de la nación, el que por medio de declaraciones francas, explícitas, terminantes, se manifestase la decidida voluntad de una reconciliación con la Santa Sede, cerrando de esta manera la puerta á toda tentativa cismática. ¿Quién puede tener interés en oponerse á esa reconciliación? sólo cabe suponer tan maligna voluntad en quien se complazca en tiranizar las conciencias, en oprimir á un clero abatido y despojado, en ver cómo se desmoronan los magníficos templos que nos legara la piedad de nuestros mayores, en detener el torrente de las ideas de la generalidad de la nación, en falsear la libertad, en violentar el curso de los acontecimientos,